

sas y éstas no podían ser más que la restauración del poder eclesiástico, anhelada por el clero. Inmediatamente el ministro de Estado D. Fernando de Ramírez constestó al nuncio: « Como S. E. no explica claramente quiénes son las personas que adquirieron semejantes compromisos, esa afirmación puede dar lugar á creer que el Emperador sería la primera de ellas. Debo declarar completamente falsa tal afirmación (1) ».

No es el engaño al partido clerical lo que puede reprocharse á Napoleón y á Maximiliano. En el asunto de la intervención, Napoleón obró engañado, como es de rigor en la mayoría de los casos sometidos á la decisión de un César. Napoleón no pudo desconocer que los términos en que Maximiliano hizo sus empréstitos de 1864, eran ruinosos; pero creyó sin duda que la *fabulosa riqueza* de México podría soportar semejantes derroches, benéficos al pueblo francés suscriptor principal de los empréstitos. Su idea fué halagadora á sus súbditos especulando sobre la ilimitada riqueza de México. Como hemos visto, estaba ya convencido de que los ingresos fiscales mexicanos no eran en tiempos ordinarios de cincuenta millones de pesos anuales, mas no estaba desengañado de que la fabulosa riqueza mexicana era una estúpida mentira.

(1) Ramírez Fernando á Mons. Meglia, Enero 2 de 1865.

Si Napoleón hubiera sido menos ilógico ó hubiera tenido cerca funcionarios honrados, habría comenzado por enviar á México desde 1862 financieros instruidos y rectos, como M. Langlais, quienes unidos en Veracruz, Orizaba y la capital, á comerciantes, agricultores é industriales franceses honorables y viejos residentes en nuestro país, habrían ilustrado la cuestión financiera y demostrado á Napoleón la imposibilidad de fundar en México el imperio, la república, la teocracia ó cualquiera clase de gobierno sobre una perenne y escandalosa bancarrota creada, más que por los desaciertos de los infelices gobiernos mexicanos, por la pobreza real del país.

La conducta del Archiduque Maximiliano fué varias veces indigna. D. Jesús Terán, ex-ministro de Juárez, había ido á Miramar expresamente para desengañar al Archiduque respecto de los paisajes deslumbradores y fantásticos que le habían presentado los clericales que desempeñaron la comedia de ofrecer en nombre del pueblo mexicano una corona forjada en las fraguas ambiciosas de Napoleón III, destinada al archiduque austriaco. Maximiliano no debió firmar los empréstitos de 1864, porque eran la ruina de sus ambiciones. Hay una prueba de que no lo creyó así, en el hecho de haber renunciado, aunque con pesar, á todos sus derechos á la sucesión probable del trono austro-húngaro.

La primera indignidad del Archiduque consistió en cargar á la nación que iba á regir con una deuda expoliadora, con millones que no debía pagar y haciendo concesiones de despilfarro inmoral. Aun cuando el Archiduque creyera que México podía pagar fácilmente por su decantada colosal riqueza, los millones que se le robaban, la probidad del archiduque debió impedir que se consumara robo alguno. Hay otra indignidad más grave de Maximiliano. Su médico y amigo íntimo el Dr. Basch copia de los apuntes del Emperador Maximiliano lo siguiente: « Los franceses roban todo el dinero. De los dos préstamos no entran más que diez y nueve millones de francos en las cajas del tesoro y la guerra que ellos hacen cuesta más de sesenta (1). »

Si el Archiduque asegura él mismo que en los préstamos fué robado México, ¿por qué autorizó con su firma semejante robo y por qué de dicho robo tomó para su bolsillo ocho millones de francos? La verdad es que el archiduque fué coautor del robo, que según él se hacía á México en los empréstitos, por haberlo autorizado y por haber recibido su parte.

Los préstamos de 1864 importaron 432 millones de francos que debían ganar un interés anual de seis por ciento. Sin tomar en cuenta la deuda de la

(1) Dr. Basch, *Recuerdos de México*, pág. 17.

República, Maximiliano por sus decretos financieros de 10 de Abril de 1864, y por el tratado de Miramar, antes de poner un pie en México había gravado al erario mexicano en una suma colosal, al grado de que las rentas normales del nuevo imperio no podían ser suficientes para cubrir el servicio de los compromisos contraídos en Europa por el Archiduque.

No fué, pues, el partido moderado, como asegura el Dr. Basch, el responsable de la muerte de « un imperio que tenía elementos de vida ». Nunca tuvo el Imperio elementos de vida. Maximiliano lo trajo ya infestado de una miseria estupenda, que debía matarlo, sin remedio, en muy poco tiempo.

Quien mató al Imperio, en primer lugar, fueron los prohombres clericales que rodeaban á Maximiliano. Ninguno de ellos podía admitir que los compromisos ruinosos que adquiriría el Archiduque podía cumplirlos el miserable tesoro de México. No importaba á esos prohombres que su patria se comprometiese hasta tener que pagar con territorio los millones que el Archiduque firmaba para derrocharlos por centenares. No hubo uno solo de los prohombres conservadores que en Miramar intentase contener la mano de Maximiliano, para que él mismo no hiciera imposible el imperio proyectado.

No se puede admitir que dichos estadistas conservadores no comprendiesen por las enseñanzas de

nuestra historia que las deudas de los débiles para con los fuertes se pagan siempre, tarde ó temprano, si no con dinero, con territorio ó con la independencia. El partido conservador representado en Miramar por D. Joaquín Velázquez de León, fué desleal para con su patria, con Napoleón III y con Maximiliano. No quería á toda costa el triunfo de sus principios, porque cuando éstos fueron repudiados tanto secretamente en el convenio de Miramar como pública y abiertamente por Maximiliano en México después de haberlo sido por el general Forey en su memorable proclama de 12 de Junio de 1863, ellos permanecieron fieles á un trono que había condenado sus ideales y que sólo podía dar pan ú oro á sus conveniencias. Lo que quisieron los más influyentes de ellos fué explotar al Imperio, adquirir altos puestos y hacerse pagar con esplendidez todos sus alcances.

*
**

Instalado Maximiliano en el trono y conociendo Napoleón á la nación mexicana tanto como los territorios de la luna, creyó de buena fe en el establecimiento y prosperidad del Imperio. Pero esta ilusión duró muy poco. En Marzo de 1865, nueve meses después de la llegada del Archiduque á México, después de haber negociado empréstitos por valor

de 432 millones de francos, después de haber contado con las esperanzas de la mayoría de la nación y con la pacificación casi terminada, resultaba que el Imperio cada día tenía menos partidarios, que la miseria era cada momento más rabiosa, la desconfianza más grande, la deserción de los adeptos más escandalosa. El mariscal presenta á Maximiliano á fines de 1865, los informes políticos que le habían dirigido de los diversos puntos del país los generales de división bajo sus órdenes: « Por todas partes el porvenir inspira inquietud, más bien desde el punto de vista interior que exterior. Hay asombro por no ver realizada organización de ninguna clase. Hay espanto por el vacío de las cajas públicas, que constantemente crece. Los partidarios del Imperio se desalientan y se resfrían (1) ». El prefecto imperial de Morelia, D. Antonio del Moral, explicando por qué había nombrado secretario de la prefectura á determinada persona, expresa que sus instancias « no tuvieron otro origen que el deseo de acercar al Imperio *uno de los muy pocos amigos que le quedan en este departamento* (2). »

Es innegable que Maximiliano era una gran potencia desquiciadora é incapaz de gobernar por sí solo un palomar; pero no es menos cierto que aun

(1) Gaulot, tomo II, págs. 309 y 310.

(2) Nota oficial de D. Antonio del Moral. Zamacois, tomo XVII, pág. 1041.

cuando el Archiduque hubiera sido el genio político, administrativo y guerrero de la época ó de todas las épocas, el Imperio, tal como se le entregó Napoleón III, era una obra imposible.

El Gobierno de París vió en el fracaso de la obra napoleónica únicamente la rara ineptitud del Archiduque y se propuso aconsejarlo, tutorearlo, protegerlo, y en último caso, despedirlo del trono como un mal sirviente. La política de Napoleón en 1865, después del triunfo del Norte de los Estados Unidos, no podía ser más que una: fijar el Imperio y retirarse cuanto antes; y así lo prueba el violento desengaño que obtuvo el mariscal Bazaine cuando viendo la ineptitud del Archiduque intentó trabajar por cuenta propia.

« Los partidos, decía el mariscal Bazaine, en su informe á Napoleón III, correspondiente al 28 de Marzo de 1865, que quedan en pie son: el demagógico y el que yo llamo conservador liberal, partido que quiere el orden y la paz, compuesto de grandes propietarios territoriales, de los liberales y moderados amigos de su país y de casi todos los antiguos clericales. Este último partido se encuentra en una inquietud extrema, aumentada desde los últimos acontecimientos de los Estados Unidos. Sus miembros forman un grupo cuya fuerza aumenta en proporción de la debilidad del gobierno y del peligro que puede crear la apatía aparente que pre-

side á los destinos del país y á la elección de los agentes del poder ejecutivo.

« He recibido á este respecto confidencias que emanan de un origen que no me permite dudar, y más bien que sufrir el yugo americano al que tiende el partido demagógico, los conservadores no vacilarían en entregarse al brazo que los ha sostenido y sobre el que basan todas sus esperanzas para el porvenir: es una anexión á la Francia ó por lo menos un protectorado en su forma más absoluta lo que el partido conservador está decidido á proponer el día en que á consecuencia de los acontecimientos, que no son improbables, el soberano que la intervención les ha dado llegue á faltarles.

« Este partido es nuevo, numeroso, poderoso, rico y saca su fuerza y su derecho en el amor sincero por su país y su nacionalidad; toma la denominación de partido imperialista por la esperanza que tiene en que el Emperador buscará en su seno los miembros de una administración que pueda salvar el país (1). »

Como muy bien lo hace notar el general francés Thoumas, este partido anexionista existió únicamente en la imaginación del mariscal Bazaine.

Los moderados execraban, lo mismo que los clericales, el yugo francés de igual modo que el norte-

(1) Gaulot, tomo II, pág. 224.

americano, y los mexicanos tampoco conocieron semejante partido. Napoleón, aun cuando le halagaba naturalmente anexar México á Francia comprendió que los Estados Unidos se habían de oponer con todas sus fuerzas y no siendo posible á Francia sostener una guerra colosal y ruinosa, en que debía resultar vencida, el gobierno francés desechó completamente las insinuaciones del mariscal Bazaine, contestándole el mariscal Randon lo siguiente : « Volviendo aún al contenido de vuestro último informe político, en lo concerniente á las aspiraciones de un cierto partido que señaláis, y cuyas tendencias se dirigen á reclamar ante ciertas eventualidades el protectorado de Francia, si estas tendencias tomasen alguna consistencia, debo declararos que debéis rechazarlas de la manera más perentoria, pues por ningún título y cualesquiera que sean las consecuencias, podría ser admitida, ni siquiera considerada semejante pretensión, pues está en abierta oposición formal con los intereses de la Francia y con las intenciones de Su Majestad. No creo tener necesidad de extenderme más sobre este asunto, que vuestra alta inteligencia no debe tomar en consideración ni por un solo instante (1). »

No podía ser más contundente la repulsión contra las ambiciosas insinuaciones del mariscal Ba-

(1) Gaulot, tomo II, págs. 225 y 226.

zaine, lo que prueba que Napoleón III, á mediados de 1865, estaba decidido á ni siquiera pensar en pretensiones sobre el territorio ó la independencia de México, en vista, entre otras cosas, del triunfo completo del partido unionista de los Estados Unidos.

¿ Por qué Napoleón, no pudiendo sacar provecho alguno de su intervención en México y contando con la oposición del pueblo francés y con la de los Estados Unidos persistía en una empresa que sólo le proporcionaba gastos, disgustos y peligros?

Napoleón III creía, á mediados de 1865, que el Imperio era no sólo posible, no sólo probable, sino un hecho ya indiscutible. Bazaine, mirando las cosas á la europea, aseguraba á su gobierno que la cuestión militar, que era la cuestión grave, estaba terminada, no quedando de fuerzas regulares diseminadas más de tres mil hombres, los que muy fácilmente y en poco tiempo tenían que ser destruídos forzosamente. Para Bazaine, las guerrillas significaban abundancia de manchones nocivos á la sociedad, no al Imperio.

La segunda cuestión importante para la definitiva consolidación del Imperio, la financiera, que debía ser la principal, no ofrecía dificultad, pues en el concepto de Bazaine y de Napoleón, no radicaba en la incapacidad económica del país que según ellos era **asombrosamente rico**, sino en la incapacidad